

# La sopa de piedra

---

Hubo una vez, hace muchos años, un país que acababa de pasar una guerra muy dura. Como ya es sabido, las guerras traen consigo rencores, envidias, muchos problemas, muchos muertos y mucha hambre. La gente no puede sembrar, ni segar, no hay harina ni pan.

Cuando este país acabó la guerra y estaba destrozado, llegó a un pueblecito un soldado agotado, harapiento y muerto de hambre. Era muy alto y delgado.

Hambriento llegó a una casa, llamó a la puerta y cuando vio a la dueña le dijo:

-Señora, ¿No tenéis un pedazo de pan para un soldado que viene muerto de hambre de la guerra?

La mujer le miró y respondió:

-Pero, ¿estás loco? ¿No sabes que no hay pan, que no tenemos nada? ¿Cómo te atreves?

Y a golpes y a empujones lo sacó fuera de la casa.

El pobre soldado, sorprendido, probó fortuna en una y otra casa, haciendo la misma petición y recibiendo siempre idéntica respuesta.

El soldado casi desfallecido, no se dio por vencido. Cruzó el pueblo de cabo a rabo y llegó al final, donde estaba el lavadero público. Halló unas cuantas muchachas y les dijo:

-¡Muchachas! ¿No habéis probado nunca la sopa de piedra?

Las muchachas se mofaron de él diciendo:

-¿Una sopa de piedras? No hay duda de que estás loco.

Pero había unos niños que estaban espiando y se acercaron al soldado cuando éste se marchaba.

-Soldado, ¿te podemos ayudar?, - le dijeron.

-¡Claro que sí! Necesito una olla muy grande, un puñado de piedras, agua y leña para hacer el fuego.

Rápidamente los chiquillos fueron a buscar lo que el soldado había pedido. Cuando ya lo tenía todo, el soldado encendió el fuego, puso la olla, la llenó de agua, lavó muy bien una piedra y la echó hasta que el agua comenzó a hervir.

-¿Podemos probar la sopa?, preguntaron impacientes los chiquillos.

-¡Calma, calma!

El soldado la probó y dijo:

-Mm... ¡Qué buena, pero le falta una pizquita de sal!

-En mi casa tengo sal, -dijo un niño. Y salió a por ella. La trajo y el soldado la echó en la olla.

Al poco tiempo volvió a probar la sopa y dijo:

-Mm... ¡qué rica!, pero le falta un poco de tomate.

Otro de los niños salió disparado hacia su casa a buscar unos tomates, y los trajo enseguida.

A cada petición del soldado, los niños fueron trayendo patatas, lechuga, arroz y hasta varios trozos de carne.

La olla se llenó, el soldado removi6 una y otra vez la sopa hasta que de nuevo la probó y dijo:

-Mm... es la mejor sopa de piedras que he hecho en toda mi vida. ¡Venga, venga, id a avisar a toda la gente del pueblo que venga a comer! ¡Hay para todos! ¡Que traigan platos y cucharas!

Repartió la sopa. Hubo para todos los del pueblo que, avergonzados, reconocieron que, si bien era verdad que no tenían pan, juntos podían tener comida para todos.

Y desde aquel día, gracias al soldado hambriento aprendieron que cooperando juntos y compartiendo se puede conseguir un resultado mejor.